

Introducción

Una teología de Pablo

1. Catequesis y teología

1. Que Pablo no era un simple “practicante” de la evangelización y de la pastoral salta a la vista de cualquiera que haya leído sus cartas. De todos modos, alguien puede considerar atrevido que se le atribuya precisamente “teología”, es decir “ciencia de Dios”. Incluso, desde que las ciencias pretenden ser “ciencias exactas”, tomando la matemática como modelo, habrá quien ponga en duda la categoría de “ciencia” dada a la teología en general. De todos modos, sigue produciéndose con la máxima naturalidad la unión entre los términos “teología” y “facultad” o “teología” y doctorado”. Pero, precisamente porque las “facultades” y los “doctorados” en teología son realidades existentes, uno se pregunta con más derecho cómo se podrá aplicar la misma palabra a los escritos de un cierto fabricante de tiendas que, sin haber pasado por ninguna universidad, se puso una vez, de pronto, a combinar su trabajo con el anuncio del Evangelio por todo el mundo. Por eso no han faltado autores que busquen títulos más modestos para sus síntesis del pensamiento de Pablo el apóstol: hablan más bien del “mensaje”, el “evangelio”, la “religión” o el “pensamiento” de Pablo.¹ De todos modos, el término “teología”, aplicado a Pablo, está muy lejos de ser abandonado.²

En nuestro caso, aun dando al término un sentido algo reducido, quisiéramos vindicar un sentido específico del término “teología”, aplicado al pensamiento de Pablo en sus grandes car-

tas. Si por “teología” entendemos una elaboración *personal* de los contenidos de la fe, deberemos decir que, aparte el tema de la Parusía, los contenidos de la Primera a los Tesalonicenses *no son* teología o, si acaso, no son teología paulina. Para el apóstol, si vale nuestra reconstrucción, lo que dice en aquella carta entraba en el acervo de lo que él había recibido como “la fe”, sin que hubiera tenido ocasión de quitarle o ponerle nada. De ahí que en aquella doctrina (que llamamos “catecismo” y que está resumida en el “Credo”)³ coincidan todos los autores del Nuevo Testamento y todas las confesiones cristianas significativas (cf. 1 Cor 15,11).

Pero Pablo llevó adelante su reflexión sobre los contenidos de la fe, y empezó a exponer sus reflexiones a partir de la Primera a los Corintios (cf. 1 Cor 2,6s; 3,1s).⁴ En aquellas reflexiones personales, el apóstol llega a distinguirse bastante de otros escritores, incluso del Nuevo Testamento, hasta el punto de que muchos le han enfrentado con ellos.⁵ Lo malo es que para más enfrentarlo, muchos intérpretes han mutilado el pensamiento de Pablo: dejando en la sombra todo aquello en que Pablo coincide con los demás, negando todo paulinismo a los escritos que no coinciden con su imagen del apóstol e interpretando del modo más radical posible aquello que más coincide con ella.⁶

2. El inicio de la teología paulina

2. El paso de la catequesis a la teología o, si se quiere, la existencia de una auténtica teología en san Pablo se puede ilustrar por un hecho lingüístico: la Primera a los Tesalonicenses, la más antigua de las que llegaron a nosotros, carece de los términos con que se expresa un conocimiento superior: *sofia* (“sabiduría”), (*epi*)*gnôsis* (“conocimiento”). Como si se tratara de un don al que sólo se llega después de cierto tiempo, lo cual encaja con el carácter de madurez clásicamente unido a la idea del sabio.⁷

La Primera a los Corintios, en cambio, contiene la presentación en sociedad de aquellos dones. Desde el comienzo del escrito da gracias a Dios porque les ha enriquecido con los dones de la palabra y el conocimiento (*gnôsis*: 1,5). Prácticamente, los cuatro primeros capítulos de la carta les están dedicados y vuelve a ellos en c. 8, aunque no siempre para confirmar el elogio con que había empezado (cf. esp. 3,1-3; 8,1.10).

La primera lista de carismas (12,8-10) empieza por la “palabra de sabiduría y de conocimiento”. El contexto inmediato no insiste especialmente en estos dones, por considerarlos ya tratados, pero, en 13,2, el don de conocimiento se reparte con la profecía la capacidad de “conocer todos los misterios”; más adelante, en v. 8, se dice que el don de sabiduría “dejará de actuar” (*katargêthêsetai*) después de esta vida mortal. En 14,6, el “conocimiento” es una de las formas en que Pablo prefiere hablar a sus fieles. A la luz de otros textos, podemos deducir que se alude a nuestro carisma en los vv. 26 (por medio del término *didakhê*, “doctrina”) y 37 (por medio de *pneumatikoi*, los “espirituales”).

El texto fundamental para la comprensión del carisma es el que va de 2,6 a 3,3: nos invita a definirlo como un don que lleva al cristiano del estado de “niño” (3,1) al estado de adulto (*teleios*, “perfecto”: 2,6; cf. 14,20), de un estado “carnal” (*sarkinos*, *sarkikos*, 3,1.3) o “animal” (*psychikos*, 2,14), es decir, gente que se deja llevar por instintos a apreciaciones meramente humanas aun habiendo aceptado la fe cristiana, y le convierte en hombre “espiritual” (*pneumatikos*, 2,13.15; 3,1; cf. 14,37).

Lo más espectacular del hombre “espiritual” es que puede juzgarlo todo sin ser juzgado por nadie (2,15), pero lo decisivo para Pablo no es ese juicio en sí, sino el “punto de vista” del que parte: el hombre “espiritual” ha penetrado en el pensamiento de Dios (v. 16) del mismo modo que el espíritu humano penetra en los secretos del hombre (vv. 10-12). No se trata, ciertamente, de una penetración en la esencia divina o en los secretos de Dios como creador del universo, sino en el plan salvífico por el que Dios nos ha salvado en Cristo Jesús (vv. 12.16). En otras palabras: el evangelio y la sabiduría, en el fondo, tienen el mismo contenido; sólo que los cristianos “carneales” lo perciben como niños, mientras que los “espirituales” lo perciben como adultos, como desde dentro.

En las demás cartas que aquí consideramos, encontramos repetidas alusiones a este carisma y a su universalidad. En la Carta a los Romanos empieza diciendo que confía poder comunicarles algún “carisma espiritual” (según el contexto: alguna palabra de sabiduría y conocimiento, 1,11) y se corrige enseguida, diciendo que también él espera ser exhortado por ellos (v. 12), puesto que, como dirá hacia el final de la carta, los

considera “llenos de todo conocimiento, capaces de exhortarse los unos a los otros” (15,14; cf. 1,14; 16,19). También entre los gálatas se podrán encontrar hombres “espirituales”, capaces de corregir a sus hermanos (6,1); la dulzura con que desempeñarán ese menester demostrará su madurez en las cosas del Espíritu.

3. Ciencia carismática

3. Todo eso nos lleva a la existencia de una teología, pero no sin alguna dificultad: la dificultad está en que toda teología tiene algo de estudio racional, mientras que Pablo parece atribuir toda sabiduría a la presencia del Espíritu y, además, la distingue enormemente de toda sabiduría humana:⁸

Puesto que el mundo, rodeado por la sabiduría de Dios, no llegó a conocer a Dios a través de la sabiduría, decidió Dios salvar a los creyentes a través de la necedad del kerigma. Pues los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros anunciamos a Cristo crucificado que para los judíos es piedra de tropiezo y para los griegos, cosa de locos, mas para los que Dios ha llamado, sean judíos o griegos, es poder y sabiduría de Dios (1 Cor 1,21-24).

Por supuesto que hay una sabiduría humana que no llega a Dios o no se rinde a Él después de haberle reconocido:

Conociendo a Dios, no le han tributado el honor que merecía, ni le han dado las gracias debidas. Al contrario, han dejado correr su pensamiento tras cosas sin valor, y su necio corazón se ha llenado de oscuridad. Alardeando de sabios se han vuelto insensatos (Rom 1,21s).

Pablo toma repetidamente sus distancias respecto de esa sabiduría (1 Cor 1,17; 2,1,4-6; 3,19; 2 Cor 1,12). De todos modos, basta leer las cartas paulinas para ver que no todo es simple repetición de fórmulas kerigmáticas y basta un poco de realismo para comprender que no todo lo que va más allá del Credo se ha recibido *al dictado* del Espíritu Santo, sino que en ello ha intervenido la capacidad humana de raciocinar.

Para el apóstol, incluso la profecía, que tiene un alto componente de pasividad, se distingue por ser un don que Dios da *a la*

razón (cf. *nous* en 1 Cor 14,14s.19):⁹ es simplemente lógico que esa razón siga pensando y elaborando, con la idea de que es el Espíritu quien “da a uno palabra de sabiduría, a otro palabra de conocimiento” (1 Cor 12,8).

En ese menester, Pablo debió de tener sus precedentes, pues habla de ello como de algo más o menos institucionalizado, en lo que él mismo participó, no en Tesalónica ni en su primera estancia en Corinto (cf. 1 Cor 2,1), sino en comunidades donde él no era la primera figura:

También nosotros hablamos de sabiduría entre los perfectos; una sabiduría que no pertenece a este mundo ni a los poderes perecederos que gobiernan este mundo; una sabiduría divina, misteriosa, escondida, destinada por Dios, desde antes de todos los tiempos, a constituir nuestra gloria (1 Cor 2,6s).

Pueden pertenecer a las primeras tradiciones de la *sapientia christiana* las frases que el apóstol escribe a continuación:

Ninguno de los príncipes de este mundo ha llegado a conocer tal sabiduría, pues, de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria. Pero he aquí que, según dice la Escritura: “Lo que jamás vio ojo alguno, lo que ningún oído oyó”, algo que no imaginó la mente de hombre alguno, pero que Dios preparó para aquellos que le aman (vv. 8s).

Ahí hay una afirmación sostenida del don de Dios, pero se descubre, al mismo tiempo, un trabajo de elaboración sapiencial: el drama de la respuesta de los sabios y “escribas” (*grammateis*: 1,20; cf. v. 22) ante la predicación de Cristo es “leído”, a la luz de la tradición vetero e intertestamentaria, como el drama de la Sabiduría que se ha acercado a los hombres y éstos la han rechazado.

Tampoco falta un cierto gusto por el enigma: hay que leer el texto dos veces para descubrir que en él se dice que Cristo *era* la Sabiduría de Dios. Es posible que Pablo se decidiera a llevar esos temas a las nuevas comunidades porque otros lo habían hecho antes que él: los cuatro primeros capítulos de 1 Cor, que giran en torno a la sabiduría, resulta que vienen a ser, al mismo tiempo, una especie de discusión entre él y Apolo (4,6; cf. 1,12; 3,4-6.22).

Aquél “rétor” de Alejandría (Hch 18,24s) pudo haber empezado a divulgar algo de lo que con el tiempo formaría la “teología alejandrina”.¹⁰

Pablo participa en ella, pues sabe que sobre el fundamento de la fe hay que seguir edificando, pero comprende que no todo lo que se sobreedifica tiene el mismo valor:

Yo, respondiendo al don que Dios me ha concedido, he puesto los cimientos como buen arquitecto; otro es el que levanta el edificio. Mire, sin embargo, cada uno cómo lo hace. Desde luego, el único cimiento válido es Jesucristo, y nadie puede poner otro distinto. Pero sobre ese cimiento puede construirse con oro, plata y piedras preciosas, o bien con madera, paja y cañas (1 Cor 3,10-12).

Se refiere sin duda al conocimiento cristiano y no a la ciencia pagana cuando dice:

Ya sé que todos tenemos conocimiento. Pero el conocimiento envanece; sólo el amor edifica. Si alguien presume de conocer alguna cosa, es que ignora todavía cómo hay que conocer. Pero si ama a Dios, entonces Dios le conoce (amorosamente) a él (8,1-3).

Con eso no hemos definido ni los temas ni los métodos de la teología paulina. Queríamos dejar sólo la idea de que no es anacrónico pensar en una auténtica reflexión teológica en Pablo y aún antes de Pablo: no es una ciencia *separada* de nuestra receptividad ante Dios y ni siquiera de las actitudes éticas de la persona, pero no por eso deja de tener algo de *intellectus quaerens fidem* y de *fides quaerens intellectum*.

Los temas y los métodos se irán esclareciendo a medida que podamos verlos en sus aplicaciones concretas.

4. División del trabajo

4. Nuestro punto de vista es que para el apóstol el catecismo sigue siendo lo fundamental (lo iremos viendo en los distintos temas) y que toda su teología nace *coherentemente* de su catecismo y se entiende mejor a la luz de aquél.

Pero esa teología existe, y merece ser estudiada. Por eso continuaremos partiendo del catecismo, pero buscando en todo momento la aportación específica del apóstol al pensamiento cristiano. Nuestra fuente principal serán las cuatro grandes Cartas (Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas), partiendo de lo que dice 1 Tesalonicenses y aprovechando, cuando el contenido lo merezca, Filipenses y Filemón, universalmente reconocidas como paulinas, por más que su aportación específica no es tanta como para hacer variar la teología que se encuentra en las cuatro grandes (aparte el himno cristológico de Flp 2,6-11, que citaremos en varios momentos). Como en otros trabajos,¹¹ dejamos aparte las cartas no universalmente reconocidas, por mantenernos en diálogo con los que no las aceptan y porque *en realidad* representan facetas nuevas, que merecen una consideración específica. Excepcionalmente citaremos aquellas cartas, así como el resto del Nuevo Testamento, por exigencias del contexto.

Citaremos mucho más el Antiguo Testamento (a partir del griego, tal como Pablo podía leerlo) porque el mismo apóstol se refiere a él, y porque demuestra ser *la clave* de interpretación de muchos textos paulinos.

La concentración en las grandes cartas responde a la idea expuesta: que Pablo empieza a mostrarse como teólogo a partir de 1 Cor. Será sin embargo difícil sistematizar la teología de Pablo sin desvirtuarla, pues está bien claro que el apóstol no da (¡probablemente no tiene!) un sistema teológico.

Para algunos la teología de Pablo empieza y acaba en la antropología, bajo la idea de que para él toda afirmación sobre Dios es una afirmación sobre el hombre y toda afirmación sobre el hombre es una afirmación sobre Dios.¹² No llegaríamos a tanto, pues nos parece evidente que para el Pablo histórico Dios era Dios y el hombre era el hombre. No es menos cierto que apenas hablará de Dios sin referencia al hombre ni del hombre sin referencia a Dios y que Cristo y la Iglesia estarán siempre presentes, incluso cuando no se les nombre. De todos modos, a falta de un lenguaje tri- o cuatridimensional, iremos desarrollando los temas en el mismo orden de la catequesis (es decir, del *Credo corto*), con plena conciencia de que el “pensamiento paulino” surgiría de una recta superposición de todos los planos.¹³

Desde un punto de vista práctico, catequesis y teología van tan mezcladas que no podremos dejar de incluir textos simplemente catequéticos: en todos, sin embargo, insistiremos en lo que dicen de nuevo respecto de 1 Tes, procurando señalar aquellos puntos en los que el apóstol desarrolla un cierto pensamiento más original.

En línea con lo que hemos escrito¹⁴ sobre la catequesis primitiva, los puntos esenciales de nuestro tratado serán:

Una Primera Parte, sobre la revelación del Dios único, considerado como trascendente (c. 1) y como creador (c. 2), así como de Dios Padre y el Espíritu Santo (c. 3)

Una Segunda Parte, dedicada a Jesús, el Hijo de Dios, donde se reúnen materiales y reflexiones sobre Cristo en la tierra (c. 4), sobre su Muerte salvadora (c. 5) y su Resurrección (c. 6), así como sobre sus títulos de “Cristo”, “Hijo de Dios” y “Señor” (c. 7) y sobre la Parusía y la resurrección futura (c. 8).

La Tercera Parte, sobre la salvación del hombre, trata primero de los inicios de la salvación (c. 9), desde el pecado y el fracaso de la Ley hasta la justificación por el camino de la fe. Sigue un capítulo (c. 10) sobre la vida cristiana como vida nueva “en Cristo”, con su inflexión “ética” y su nueva relación con Dios.

La Cuarta Parte, sobre Israel y la Iglesia, dedica un capítulo relativamente amplio a la elección de Israel (c. 11) y cuatro a varios aspectos de la Iglesia: primero, distintas definiciones de la Iglesia (c. 12), a la luz del Antiguo y el Nuevo Testamento (pueblo “santo”, “templo” indestructible, “cuerpo de Cristo”); a continuación (c. 13), las dimensiones o ámbitos en que se realiza la Iglesia: asamblea reunida, iglesia local, doméstica o universal. Se dedica un capítulo entero (c. 14) al ministerio de la Palabra, como carismático, comprometido, paradójico, pastoral y compartido. Un último capítulo (c. 15) trata de los demás ministerios y carismas: concretamente, los ministerios de ayuda, la profecía, el don de lenguas y los milagros.

Nuestro intento no es el de especular ni el de extraer todo lo que los distintos textos dan de sí, sino recoger y ordenar todo el material teológicamente relevante que contienen las grandes cartas de Pablo, procurando quedarnos en el nivel de lo que el mismo apóstol enseñaba: es decir, ni hermenéuticas profundas, ni

simple enumeración de frases prescindiendo de su significado. Si en algún momento entramos en afirmaciones más propias de una hermenéutica personal, no dejaremos de advertirlo.

Sin poner en primer plano la discusión con los autores que han escrito sobre un tema, no dejaremos de tener en cuenta las distintas opiniones y reflejar, en principio, aquello en que los diversos autores coinciden. Cuando tengamos que expresar una opinión más personal, intentaremos razonarla algo más e indicar dónde se encuentran otras opiniones.